

¿Por qué quemaron automóviles?

Con gran preocupación se siguieron en toda Europa los graves disturbios que tuvieron lugar en Francia a lo largo de tres semanas, desde el 27 de octubre. Preocupación por la paz social alterada entre nuestros vecinos y por el temor de que algo parecido pudiera suceder en otros países del continente. De hecho, la quema de vehículos se propagó también —en mucha menor medida— a Bélgica, Países Bajos y Alemania. Sociólogos y especialistas en temas urbanísticos piensan que es muy poco probable que algo parecido pueda repetirse a corto plazo de este lado de los Pirineos. Sin embargo, compartimos con nuestros vecinos del Norte algunos de los factores que han alimentado los pasados acontecimientos. Se impone, pues, el deber de reflexión y prevención.

Hasta el 17 de noviembre, el balance era de un muerto, 125 policías heridos, 8.707 vehículos calcinados, un centenar de edificios públicos destruidos, otras tantas empresas privadas dañadas o destruidas, 3.101 detenidos, 422 adultos condenados a penas de prisión firme y 118 menores ingresados en centros especiales. Fue, al mismo tiempo, una violencia suicida que amenazaba a sus propios autores y destruía las escuelas y los escasos servicios sociales de que disponían, una violencia con la que manifestaban su rechazo de una sociedad que los ignora y, en el colmo de la irracionalidad, una especie de juego de competición entre bandas. «Sólo sabemos hablar con el fuego», reconocía uno de ellos.

Tras dos largas semanas de silencio casi total, el presidente Chirac dirigía al país, el 14 de noviembre, una alocución en la que apuntaba algunas causas de los lamentables sucesos e invitaba a toda la ciudadanía al «respeto», porque «todos son hijos de la República». Advertía: «No construiremos nada duradero con racismo ni con discriminación. El deber de la República es ofrecer a todos las mismas oportunidades». Recordaba a la sociedad civil sus responsabilidades: «las empresas y organizaciones sindicales deben movilizarse también en la cuestión del empleo». Y volvía a insistir sobre «**el veneno de la discriminación**». Sin embargo, pasaba de puntillas sobre los deberes y posibles fallos del Estado.

Según el arzobispo de Burdeos y presidente de la Conferencia Episcopal de Francia —hablando en nombre de la misma Conferencia—, las causas últimas de tales hechos habría que buscarlas en «la urbanización reciente, las dificultades de empleo para los jóvenes y la inestabilidad familiar».

Del desempleo a la desesperación

Los jóvenes sin empleo entre los 15 y 24 años son casi el 22% en Francia (Bélgica e Italia superan ese porcentaje, mientras que España se sitúa por encima del 20%). Entre los descendientes de inmigrantes no europeos, son el 40%. «En nuestra banda, todos estamos en el paro —confesaba uno de los pirómanos— no tenemos nada, no nos queda otra salida». En todo el país, se habían censado oficialmente 752 «**zonas urbanas sensibles**» desde este punto de vista. Y al desempleo se le añade el agravante de la discriminación. Ya de entrada, el nombre y apellido del solicitante de un empleo (por no hablar del color de su piel) constituyen en muchos casos una barrera infranqueable. Un muchacho, de nombre Nadir, contaba que, en los últimos meses, había enviado casi cien currículos y sólo había obtenido tres entrevistas.

Francia es el país de Europa con más extranjeros en su territorio. Tal situación no es nueva. Durante casi todo el siglo pasado su mecánica de integración transformó a hijos de mineros polacos, albañiles italianos, yeseros españoles o artesanos portugueses en ciudadanos franceses de pleno derecho. La sociedad francesa lograba integrarlos. Ahora, muchos observadores están de acuerdo en que **el ascensor social no funciona**. Obviamente, la integración de africanos y asiáticos es más difícil que la de los vecinos europeos. Pero el Estado que ponía en movimiento el ascensor

también ha cambiado, se ha desentendido en buena medida de los temas sociales, sobre todo en los tres últimos años.

A muchos franceses los pasados disturbios les habrán recordado algo que sólo conocían por haberlo estudiado en los manuales de Historia: las «jacqueries» o revueltas campesinas de la Edad Media, caracterizadas por una gran violencia como respuesta a las vejaciones y a la miseria de aquel sector de la sociedad. El sentido del deber se esfuma cuando los derechos no existen o son puramente teóricos. Al final sólo quedaría el refugio en la identidad religiosa y étnica; o menos aún: la banda de alborotadores del barrio. Los *raperos* y las letras de sus canciones cargadas de violencia fueron un primer síntoma inequívoco y, tal vez, incitaron también a pasar de las palabras a los hechos.

Para resolver el problema de la integración de sus inmigrantes, Francia ha escogido un método que teóricamente puede parecer el mejor, el de la *égalité*: en su territorio sólo hay franceses. El Estado francés no permite que el origen de los ciudadanos quede plasmado en las estadísticas, lo cual impide, en primer lugar, detectar la discriminación que en la práctica sufren ciudadanos descendientes de inmigrantes afro-asiáticos, e impide también la discriminación positiva en favor de los sectores más desfavorecidos, practicada, por ejemplo, en EE.UU., pero que en el país vecino es un verdadero tabú. «Comunitarismo» y multiculturalismo tienen allí muy mala prensa, al contrario que en el Reino Unido.

De hecho, dejadas aparte las grandes declaraciones, los mismos a quienes la ley reconoce únicamente como franceses, en el día a día se les da a entender que, antes que franceses, son árabes, asiáticos o musulmanes. De esta manera, muchos jóvenes descendientes de inmigrantes no tienen nada clara su pertenencia: sus vínculos con los respectivos países de origen son mucho más débiles que los que todavía mantienen sus padres o abuelos, mientras descubren que, contrariamente a lo que se les enseñó en la escuela republicana, distan de ser plenamente franceses.

Familia, escuela y religión

Durante los sucesos de noviembre pasado, los políticos apelaron en más de una ocasión a la autoridad y **responsabilidad de los padres** para que hicieran entrar en razón y civismo a los pirómanos. Efectivamente, la

autoridad paterna es normalmente elevada entre los inmigrantes árabes y subsaharianos y debería haberse hecho sentir. Sin embargo, cuando el mismo cabeza de familia está en el paro y, en lugar del sueldo, sólo aporta una ayuda social, su autoridad se desmorona. Más aún: se produce una ruptura con todos los valores y tradiciones de su cultura de origen. Y el hecho de que padres o abuelos apenas hablen francés termina por hacer de ellos la imagen misma del fracaso: ¿cómo podrían dar consejos desde el peldaño más bajo de la sociedad? Si todavía en 1998 una ola de violencia en la periferia de Toulouse, provocada por la muerte de un joven tras una persecución policial, pudo ser atajada gracias a la mediación de padres y ancianos del barrio, esta vez ya no ha sido así.

Algunos políticos señalaron a la **poligamia**, supuestamente extendida entre ciertos sectores de la inmigración, como responsable de la pérdida de autoridad y el descontrol de numerosas familias. Pero, puesto que la poligamia está castigada por la ley, esos políticos tendrían que haber pedido cuentas ante todo al poder judicial. Por otra parte, en el contexto socio-cultural originario de ciertos inmigrantes la poligamia es, como regla general, fuente de prestigio y autoridad (sin entrar en cuestiones más de fondo que, ciertamente, no abogan a favor de esa institución familiar). Por todo ello, presentar a la poligamia como chivo expiatorio más parece una maniobra de diversión o una manera de descargar sobre los demás la propia responsabilidad.

Las escuelas fueron también blanco de las algaradas nocturnas en los barrios periféricos. No pocos observadores vieron en este hecho el símbolo de una de las causas de la situación de los jóvenes marginados: el **fracaso escolar**. Una franja de la nueva generación de inmigrantes no ha podido beneficiarse del capital de instrucción y cultura que podía haberles proporcionado el sistema escolar y ha quedado a la deriva. La mayoría de ellos habían abandonado el sistema escolar a edad temprana.

La situación de gueto en la que estaban confinados no pocos de los inmigrantes parece explicar en gran parte este fracaso. Por un lado, clases compuestas por una mayoría de niños con un conocimiento insuficiente del francés. Por otro lado, unos maestros y profesores con pocos alicientes para soñar con una carrera educativa en esos barrios. Resultado: el futuro de unos jóvenes muy seriamente comprometido desde el principio.

El supuesto alto porcentaje de **musulmanes** entre los participantes en los disturbios ha hecho pensar a más de uno en la posibilidad de que algún

movimiento islamista los hubiera fomentado. Según el director de la *Maison du Quartier* (asociación vecinal) de Clichy-sous-Bois —la localidad cercana a París donde empezaron las quemas de coches—, francés de padre dominicano y madre francesa, el islam ha jugado un papel pacificador, lo cual no quiere decir que los islamistas no estuvieran dispuestos a pescar en río revuelto. Los datos policiales parecen corroborar esta apreciación, ya que el 80% de los detenidos tenían antecedentes policiales que los relacionaban con la criminalidad de derecho común.

En sentido contrario de la sospecha que pesa sobre el islam, es obligado reseñar el hecho de que las mezquitas y los Hermanos Musulmanes lanzaron llamadas a la calma. Barbudos con vestimenta árabe gritaron en más de una ocasión, con los brazos en alto: «¡Allah Akbar!», invitando a sus «hermanos» a «permanecer en paz» y organizaron servicios de orden explícitamente musulmanes. Al mismo tiempo la UOIF, una organización próxima a los Hermanos Musulmanes, lanzaba una *fatua* recordando que «a Alá no le gustan los que siembran el desorden». Estos y otros indicios sugieren que las convicciones religiosas no han sido determinantes en los pasados disturbios, aunque, obviamente, se encontraran presentes en el ánimo de quienes han tomado parte en estos acontecimientos (la práctica religiosa de los musulmanes franceses sólo alcanza el 20%).

Los guetos

Tras la segunda Guerra Mundial, Francia tuvo que hacer frente a un grave problema de vivienda causado por las destrucciones de la contienda, el éxodo rural, la industrialización masiva durante los llamados «treinta gloriosos» (1945-1973), el regreso de Argelia en 1962 de un millón de repatriados y la gran afluencia de inmigrantes. Se levantaron grandes conjuntos de bloques frecuentemente mal equipados y mal comunicados, aprisionados entre redes de carreteras, vías férreas y líneas de alta tensión. El «mal del extrarradio» (aburrimiento, concentraciones de ciclomotores, violencia) era ya conocido por los años 70. En 1981 se produjo el famoso «verano caliente» del barrio de Minguettes, cerca de Lyon, durante el que se quemaron 250 coches. Durante décadas, tanto los ciudadanos como los sucesivos gobiernos han sido conscientes de los problemas que planteaban tales concentraciones. Muchas viviendas fueron demolidas y otras, abandonadas por sus primeros inquilinos, pasaron a ser ocupadas por los nuevos inmigrantes de origen extraeuropeo.

El gueto resultó de la suma de tres factores: concentración étnica, espacios marginados o subequipados y negación de oportunidades. La ciudad propiamente dicha —con sus bulevares y sus múltiples atractivos— quedaba a distancia. Quienes todavía tienen un trabajo conservan un contacto con ella, aunque su vida se reduzca al monótono ritmo del «métro-boulot-dodo». Pero para quienes carecen de trabajo, la ciudad no es más que una fruta prohibida, la negación del derecho a la ciudad. Como por casualidad, la etimología de la palabra *banlieue* (el extrarradio) lo dice con brutal claridad: viene del verbo *bannir*, que significa desterrar o alejar de un *lieu*, lugar. Toda una profecía. Por todo ello, la insurrección juvenil de noviembre de 2005 era esperada y temida desde hace años, aunque su violencia no ha dejado de sorprender.

No todos los inmigrantes franceses de origen árabe o africano viven en guetos. Sin embargo dos datos son significativos: el contagio de la rebelión se extendió a partir de una *banlieue* de la región parisina poblada únicamente por descendientes de inmigrantes, mientras que en algunas ciudades de fuerte proporción inmigrante, pero sin guetos, prácticamente apenas prendió.

Las noches del fin de semana, la ciudad se vuelve más tentadora al mismo tiempo que más lejana sin metro ni trenes de cercanías. **El coche** podría ser la solución. Pero los jóvenes desempleados no pueden ni soñar con disponer de este medio de locomoción. ¿Fue pura coincidencia que dieran rienda suelta a su rabia sobre todo quemando coches?

Ha llamado la atención que **Marsella**, ciudad con una fuerte minoría de origen árabe o africano, apenas haya sido alcanzada por la ola incendiaria. Ello parece deberse al hecho de que, en esa ciudad, centro y periferia no tienen fronteras definidas, de manera que los suburbios se encuentran mezclados con el tejido urbano tradicional. Sin embargo, Toulouse, con parecidas características urbanas, no disfrutó de la misma paz.

La **televisión**, reflejo del éxito social y posible instrumento de cohesión, por desgracia contribuyó a multiplicar la violencia: «nos gusta vernos luego en la televisión», confesaban estos jóvenes. Hasta entonces, los miembros del colectivo oriundo de la inmigración habían brillado sobre todo por su ausencia en los medios de comunicación. El futbolista Zidane, presentado como modelo de integración, venía a probar que el triunfo individual se mide en presencia televisiva y dinero. A falta de dinero, los chavales quemaban coches para salir en la tele. Y la tele les dio nuevos ánimos para

seguir utilizando las llamas. «Las imágenes de los medios de comunicación —se lamentaba el arzobispo de Burdeos— dan a estos acontecimientos un fuerte impacto en la opinión pública y crean desconfianza entre los diferentes sectores de la población».

Parte de la solución habría de consistir en hacer ciudad donde sólo hay vivienda. En los últimos años, sobre todo con el gobierno *Raffarin*, la derecha francesa avanzó en sentido contrario, suprimiendo la mayor parte de las subvenciones a los pocos centros socio-culturales de los barrios periféricos. El pasado 14 de noviembre, el presidente Chirac quiso recuperar el terreno perdido anunciando planes de rehabilitación para los barrios y una futura ley que obligue a todos los municipios a construir un mínimo de 20% de viviendas sociales para romper con la lógica del gueto. Lograr un hábitat más adaptado a la cohesión social será, sin duda, uno de los proyectos más urgentes.

Devolver al Estado lo que es del Estado

El aumento de la inmigración en los últimos lustros tiene mucho que ver con el envejecimiento de la población autóctona (la Comisión Europea calcula que entre 2010 y 2030 se perderán en la UE unos 20 millones de trabajadores). Se necesitaba más mano de obra. Al mismo tiempo, **el factor económico** ha ido adquiriendo una neta preponderancia. En esto, Francia dista de ser un caso aislado. El vigente modelo de globalización está dejando en manos de la economía los resortes estratégicos de la sociedad sin preocuparse demasiado por las consecuencias. El Estado se ha ido apartando de no pocas de sus responsabilidades con la obsesión añadida de recortar gastos sociales. Y las deslocalizaciones han agravado la situación: se añadían brazos y se eliminaban puestos de trabajo.

¿Cómo aglutinar a grupos e intereses tan distantes? De la conocida divisa sobre la que se ha hecho descansar la legitimidad de la República francesa: *Libertad, Igualdad, Fraternidad*, el capital se lleva la parte del león en cuanto a libertad se refiere: pasa las fronteras en ambos sentidos con gran facilidad y de manera parecida se mueve dentro de esas mismas fronteras. La Igualdad entre los ciudadanos soporta continuos escarnios, como el de los 29 millones de euros que se adjudicó el presidente de «Carrefour» en concepto de «subsidio de paro». Y de la Fraternidad no se oye hablar.

Era obligado que, ante la grave alteración del orden público, **la seguridad** fuera la principal preocupación de políticos y ciudadanos. El ministro del Interior reaccionó con decisión (aunque el apoyo del primer ministro y el del presidente se hicieron esperar) y la opinión se lo pagó con una subida de once puntos en la valoración popular. El estado de emergencia —ampliado hasta tres meses, sobre la base de una ley de 1955 destinada a defender los «departamentos» argelinos— ha sido bien aceptado por la opinión. Pero al mismo tiempo el ministro Sarkozy ha sido acusado de **fomentar la tensión** con un vocabulario («racaille», escoria, fue uno de sus epítetos) que parecía escogido para ganarse las simpatías de la extrema derecha con vistas a las próximas elecciones presidenciales. Y se escuchó la severa advertencia del presidente del episcopado: «La represión y la incitación al miedo colectivo no son una respuesta a la altura de las tensiones dramáticas de nuestra sociedad». El Estado penal no puede reemplazar al Estado social. Muchos lamentaron que se hubiera suprimido la policía de proximidad en fechas aún no lejanas: podría haber suavizado muchas tensiones.

¿Rebajar la formación profesional de los 16 a los 14 años puede favorecer la integración de los alumnos en situación de fracaso escolar? ¿O acentuará la discriminación social al privarles de cualquier perspectiva de movilidad social? De todas maneras, la necesaria **integración** sólo se podrá conseguir a través de la educación y el empleo.

¿Una igualdad abstracta que ignora las diferencias reales —étnicas y sociales— basta para afirmar la común identidad de los ciudadanos? ¿Ésta no resultará más bien del reconocimiento de la pluralidad de origen y situación social? En este contexto, una **discriminación positiva** de los barrios desfavorecidos sería posible, empezando por devolver a las asociaciones las ayudas que les fueron retiradas. En todo caso, un Estado que no renuncia a unos objetivos tan elevados como son la igualdad y la fraternidad entre sus ciudadanos no puede dejar las riendas de la sociedad en manos del interés crematístico. La cohesión social tampoco puede resultar del simple resultado azaroso de las distintas fuerzas sociales: la inestabilidad estaría garantizada y el pez grande terminaría siempre comiéndose al chico. La imprevisión y la inhibición no tienen por qué caracterizar al Estado moderno. Aunque es imposible olvidar que la presión del capital internacional seguirá siendo muy fuerte. ■